Hermanos que enfrentan a sus hermanas para defender la honra de la familia en dos novelas ejemplares de Cervantes

Brothers Confronting Their Sisters to Defend the Family's Honor in Two Exemplary Novels by Cervantes

LAVINIA SIMILARU

Universitatea din Craiova

Palabras clave

Cervantes; novelas ejemplares; realismo; honor; hermanos.

Keywords

Cervantes; exemplary novels; realism; honor; brothers.

Los escritos de Cervantes tienen un innegable valor simbólico, que todos los lectores perciben, y este valor simbólico les impide muy a menudo desentrañar la vertiente realista del escritor preclaro. Las obras de Cervantes brindan al lector entendido una representación indudablemente realista de la España del autor, siendo actualmente, cuatrocientos años después de su publicación, un extraordinario documento histórico y antropológico. Cervantes describe a cada uno de sus personajes con su oficio y sus pensamientos, sin olvidar de ofrecernos su testimonio fidedigno sobre el desarrollo de la ciencia y de la técnica, o sobre acontecimientos históricos. Cervantes no podía ignorar un tema tan relevante de la literatura de su época, como el honor. Porque el honor es, sin duda, uno de los temas predilectos de los escritores del Siglo de Oro. Este tema suscita el interés de Cervantes y el ilustre escritor discurre sobre él en dos de las novelas ejemplares: “Las dos doncellas” y “La señora Cornelia”. Pero Cervantes se aparta de la mentalidad de sus contemporáneos.

Cervantes' writings have a unique symbolic value, easily perceived by the readers, which is what often prevents them from unraveling the realist dimension of the illustrious writer. Cervantes' literary work provides the educated reader a clearly realist representation of the author's contemporary Spain, becoming four centuries after its publication an extraordinary historical and anthropological document. Cervantes skillfully portrays each of his characters with his artistry and personal thoughts, remembering to convey his own reliable testimony about the developments in science and technology or about the historic events.

Cervantes couldn't neglect the theme of honor, so relevant for the literature of his times and undeniably one of the favorite topics for the authors of the Golden Age. This theme raised Cervantes' interest and the illustrious writer explores it in two of his exemplary novels: “Las dos doncellas” (“The Two Damsels”) and “La señora Cornelia” (“The Lady Cornelia”). Notwithstanding, Cervantes diverges from the mentality of his contemporaries.

1. El “realismo” de Cervantes

Los escritos de Cervantes tienen un innegable valor simbólico, que todos los lectores perciben, y este valor simbólico les impide muy a menudo desentrañar la vertiente realista del escritor preclaro. Porque *Don Quijote* y las demás obras de Cervantes brindan al lector entendido una representación indudablemente realista de la España del autor, siendo actualmente, cuatrocientos años después de su publicación, un admirable, extraordinario y desconcertante documento histórico y antropológico. En el *Quijote*, en las novelas ejemplares, en los entremeses pululan gentes del pueblo, Barberos, venteros, pastores, labradores, hidalgos, nobles, estudiantes, curas, frailes, titiriteros, ladrones, bandoleros, fregonas y mujeres vulgares... Todos descritos con un realismo asombroso. Cada uno con su oficio y sus pensamientos. Jean Canavaggio destaca:

Resucitar la caballería andante es encarnarla en la cotidianidad, en el marco familiar de una existencia concreta: las llanuras de la Mancha adonde el héroe va en busca de aventuras, la venta donde es armado caballero, los caminos por los que se cruza con cabreros, monjes y galeotes sólo muestran el «realismo» cervantino como signos de un presente del que no podría abstraerse y que, en la cúspide de su exaltación, lo devuelve siempre a la tierra. En la bisagra del mundo prosaico en el que se arraiga y del mundo ideal hacia el que se proyecta incansablemente, don Quijote no tiene más salida que integrar este presente en su sistema de pensamiento. (1995: III, 62)

En *Don Quijote* escuchamos el cuerno del campesino que recoge su manada de cerdos (que Don Quijote confunde con la trompeta que debería anunciar la llegada de un caballero tan destacado como él a la venta), o sentimos el “olor de ajos crudos” (II, 10) de una campesina, cuando Sancho le muestra a su amo a Dulcinea encantada. Participamos en la cena de los pastores, vemos a la mujer de Sancho Panza hilando y a su hija lavando la ropa en el río...

Cuando Teresa escribe a su marido Sancho Panza, aprovecha la oportunidad de informarle a él y de informar también a los lectores de los siglos venideros, sobre los acontecimientos más destacados del pueblo. No podemos dejar de mencionar que Teresa es analfabeta y tiene que dictar esta memorable carta, que al fin y al cabo es un modelo de precisión y de laconismo; es casi un informe sobre lo ocurrido en el pueblo durante la indeseada separación de los cónyuges. Empieza con un comentario sobre el deber mal cumplido de un joven pintor y hay informaciones sobre la manera de ejercer profesiones en la época:

Las nuevas deste lugar son que la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano, que llegó a este pueblo a pintar lo que saliese; mandóle el Concejo pintar las armas de Su Majestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba a pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y, con todo eso, se casó a título de buen oficial; verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como gentilhombre. (II, 52)

Parece que la autorización para pintar la sacaba cualquiera. No faltan informaciones sobre la tarifa.

La carta no tiene desperdicio: la esposa de Sancho consigna de manera admirable los detalles de la vida cotidiana de los labradores, la escasez de la cosecha —“Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo” (II, 52)—, las tareas de cada día,

y también se le escapan comentarios sobre los amores ilícitos de sus paisanos. Hay verdaderas y expresivas crónicas de los desposorios llevados a cabo o malogrados y sobre algún amancebamiento. Son datos valiosísimos desde el punto de vista histórico, sociológico, antropológico.

Otro joven tiene intención de hacerse sacerdote, abandonando a una novia que tenía en el pueblo, y Cervantes hace constar otra realidad de su época, que hoy nos parece extraña: prometer matrimonio a una mujer y no cumplir la promesa se castigaba. “El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona, con intención de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado encinta dél, pero él lo niega a pies juntillas” (II, 52).

No podemos dejar de destacar la indulgencia de Teresa, que, a pesar de su ignorancia, no condena los yerros de otras mujeres: “Por aquí pasó una compañía de soldados; lleváronse de camino tres mozas deste pueblo; no te quiero decir quién son: quizá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas o malas” (II, 52).

Un testimonio extraordinariamente estremecedor y al mismo tiempo realista es el de Cenotia, una bruja de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. La mujer había tenido que abandonar muy de prisa España, su país, por miedo a la Inquisición: “Salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reino tienen del católico rebaño...” (II, 9). El relato es espeluznante: “...la persecución de los que llaman inquisidores en España me arrancó de mi patria: que cuando se sale por fuerza della, antes se puede llamar arrancada que salida. Vine a esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atrás, pensando que me mordían las faldas los perros, que aun hasta aquí temo...” (II, 9).

Cervantes nos deja testimonio fidedigno y objetivo sobre el desarrollo de la técnica en su época. Es ejemplar, en este sentido, el capítulo sobre la imprenta. José María Paz Gago destaca: “Libro de los libros, en su condición de primera novela moderna, el *Quijote* manifiesta la consolidación de la escritura impresa como soporte de la literatura en general y del relato de ficción en particular” (2006: 59). El mismo profesor observa la importancia antropológica de este relato de Cervantes: “Esta fascinante visita del nuevo caballero andante a un taller de imprenta, la tecnología que lo ha hecho posible, que le ha dado la vida de ente tipográfico por antonomasia y ha desencadenado su propia historia imaginaria, historia de un lector empedernido y de un libro en sí misma, es tanto más sorprendente cuanto que existen poquísimos testimonios y documentos sobre el funcionamiento de las imprentas en Europa” (60).

Pero lo más llamativo sobre la técnica en las obras de Cervantes lo constituye, sin duda, la descripción de los molinos de viento, que Don Quijote, en su delirio, confunde con sus enemigos y no duda en acometer: “embistió con el primero molino que estaba delante; y, dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo” (I, 8).

José María Paz Gago consigna la presencia de las “instalaciones preindustriales” en la novela, y apunta:

Imponentes construcciones dotadas de largos brazos en continua agitación, artefactos movidos por vísceras mecánicas, maquinarias complejísimas elevando sus amplias aspas vestidas de velas como inacabables mangas, dejando a la vista sus chirriantes engranajes allí donde se troncaban con aquella amenazante cabeza cuneiforme que coronaba el cuerpo de

la gigantesca torre blanqueada... No es de extrañar que aquellos aparatosos edificios antropomorfos, los molinos de viento, devoradores insaciables de cereales de tantas cosechas, apareciesen a los ojos de los mortales como criaturas extraordinarias de fortísima complexión mecánica y aspecto feroz, ingredientes que Cervantes supo utilizar con envidiable habilidad narrativa, convertidos en gigantes temibles, aunque sólo fuesen imaginarios...”. (2006: 29)

2. El honor en el Siglo de Oro

El honor es, sin duda, uno de los temas predilectos de los escritores del Siglo de Oro. Hay un montón de obras de teatro que debaten dicho tema. Lope de Vega y Calderón de la Barca son los incontestables maestros del género. En su poema *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, que compuso para leerlo delante de la Academia de Madrid en 1609, Lope de Vega recomienda este tema:

Los casos de la honra son mejores,
 porque mueven con fuerza a toda gente;
 con ellos las acciones virtuosas,
 que la virtud es dondequiera amada,
 pues [que] vemos, si acaso un recitante
 hace un traidor, es tan odioso a todos
 que lo que va a comprar no se lo venden,
 y huye el vulgo de él cuando le encuentra;
 y si es leal, le prestan y convidan,
 y hasta los principales le honran y aman,
 le buscan, le regalan y le aclaman. (327-337)

Gracias a Lope nos enteramos de que era un tema muy amado por el público de la época e inspiraba reacciones apasionadas de este. ¿Por qué interesaba tanto este tema? Porque la sociedad de aquel entonces concedía un papel primordial al honor.

Juan María Marín aclara que no es lo mismo *honra* y *honor*. “El honor pertenecía al patrimonio que uno heredaba de su familia, a través de la sangre, y que tenía su fundamento en la virtud de los antepasados, sobre todo, en la pureza que dimanaba de no haberse mezclado con judíos ni musulmanes” (*apud* Vega, 1992: 23). Más adelante, el crítico añade matices muy interesantes: “El honor es virtud objetiva, heredada, mientras que la honra es de carácter subjetivo, se merece, se alcanza con las propias acciones y la otorgan los demás miembros del grupo social, por lo que se encuentra vinculada a la opinión ajena, al concepto en que los demás tienen al individuo” (24).

El mismo autor consigue desentrañar por qué abundan las obras literarias cuyo argumento gira en torno al tema del honor: por una parte, gustan al público, son “la moda, lo «comercial»” (22); por otra parte, los escritores utilizaban como fuentes de inspiración las *Crónicas* y el *Romancero*, de donde “tomaban aquella concepción de lo heroico” (23).

Calderón de la Barca en *El Alcalde de Zalamea* hace que el protagonista Pedro Crespo diga que le debe ofrecer al rey su hacienda, pero no su honor:

Al Rey, la hacienda y la vida se ha de dar,
 pero el honor es patrimonio del alma,

y el alma sólo es de Dios. (874-876)

La honra se podía perder por haber cometido actos reprobables, como los robos, o las conductas cobardes, pero también por tener en la familia a una mujer deshonrada, una joven soltera que había perdido su virginidad, o una mujer casada y adúltera. La deshonra de la familia era seguida por la venganza y la recuperación de la honra, lo que suponía que un hombre de la familia agraviada se batiera en duelo con el que los había ofendido y castigara a todos los culpables. La mujer soltera tenía que casarse con el seductor, o —si no era posible—, volverse monja, mientras que el seductor era matado. En cuanto a la mujer adúltera, ella era condenada a muerte, junto con su amante y con todos los que habían ayudado a llevar a cabo el adulterio.

3. La honra según Cervantes

Cervantes no podía ignorar un tema tan relevante de la literatura de su época. En *Don Quijote*, Marcela dice: “La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso” (I, 14).

Como era de esperar, Don Quijote estima mucho la honra y no deja de mencionarla. En la venta asegura que es “enemigo de que se quite la honra a nadie” (I, 17). El caballero considera que es su deber velar por la honra de las mujeres: “Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante a volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas” (I, 25).

La honra, para Cervantes, parece coincidir con la virtud: “La honra puédelo tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero, como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el consiguiente, favorecida” (II, “Prólogo al Lector”). Más tarde, cuando Basilio consigue —mediante un embuste— casarse con su amada Quiteria, quitándosela al rico Camacho, Don Quijote discurre con Basilio sobre el matrimonio y la honra, Cervantes da la impresión de dudar que el pobre pueda tener honra: “El pobre honrado, si es que puede ser honrado el pobre, tiene prenda en tener mujer hermosa, que, cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan” (II, 22).

Varias veces relaciona Cervantes la honra con la pobreza. Cuando Don Quijote se queda solo, porque Sancho se va a hacerse gobernador, al caballero se le rompe una media y, muy triste, reflexiona sobre la pobreza, sin dejar de vincularla con la honra: “¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!” (II, 44). Está claro que la honra depende de la fortuna que uno posee, y el pobre no tiene recursos para defender su honra, es decir su dignidad.

En la “Novela del Curioso Impertinente”, incluida en *Don Quijote*, que es la historia de los dos amigos, Anselmo y Lotario, Cervantes nos aclara qué piensa de la honra de los hombres casados, ya que Lotario se aparta de Anselmo cuando este se casa: “es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto más de los amigos” (I, 33).

El mismo Lotario se indigna cuando Anselmo, su amigo casado, le pide que tiente a su mujer, para averiguar si le es fiel: “me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte

la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y, siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonorado, y, por el mismo consiguiente, sin vida?” (I, 33).

Es interesante esta réplica de Lotario, puesto que deja muy claro que la honra y la vida eran una sola cosa, y quitarle la honra significaba quitarle la vida. En la Segunda Parte de la magnífica novela, Don Quijote compara la honra con la libertad, estimando que por ellas vale la pena perder la vida: “por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida” (II, 53).

En uno de los últimos capítulos, cuando Don Quijote es vencido por el Caballero de la Blanca Luna —derrota que precipitará el abatimiento del héroe, quien ya no tendrá fuerzas para seguir viviendo—, Don Quijote, tendido en el suelo, suplica al vencedor que le quite la vida, porque sin honra, nada vale: “Aprieta, caballero, la lanza, y quitáme la vida, pues me has quitado la honra” (II, 54).

4. Hermanos que enfrentan a sus hermanas para defender la honra de la familia

No cabe duda de que la honra suscita el interés de Cervantes. Hemos visto que el ilustre escritor discurre sobre ella en su famosa novela *Don Quijote de la Mancha*, pareciendo compartir la mentalidad de sus contemporáneos. Pero Cervantes también debate el tema en dos de sus novelas ejemplares: “Las dos doncellas” y “La señora Cornelia”. Aquí Cervantes se aparta nítidamente de la estrecha visión de su época.

4.1. “Las dos doncellas”

En las primeras líneas de esta novela “de sorpresas y trucos tanto para los personajes como para los lectores”, que “comienza en *medias res*” (Sieber *apud* Cervantes, 1992: II 24), Cervantes nos hace caminar una vez más por los caminos de la España de su época. Entramos a una posada, acompañando a un caminante que viene cabalgando un caballo pequeño, al anochecer. Se apea muy ligero, pero después se desmaya. Vuelve en sí, y pide que nadie le moleste, solo quiere dormir, y por eso paga las últimas dos camas libres de la posada. No pasa mucho tiempo, y llega otro caballero, que insiste en quedarse, aunque tenga que dormir en el suelo. Le hablan del primer viajero, y despiertan su curiosidad, desea verle a toda costa. El alguacil, que pasa por el lugar, le brinda ayuda de la autoridad, y el segundo caballero entra a dormir en la otra cama de la habitación. El primero finge dormir, para no tener que decirle nada. El drama irrumpe en el silencio de la noche de invierno: “Eran las noches de las perezosas y largas de diciembre, y el frío y el cansancio del camino forzaba a procurar pasarlas con reposo; pero, como no le tenía el huésped primero, a poco más de la media noche, comenzó a suspirar tan amargamente que con cada suspiro parecía despedírsele el alma; y fue de tal manera que, aunque el segundo dormía, hubo de despertar al lastimero son del que se quejaba” (II, 204). Durante este llanto, el primer viajero revela sin darse cuenta su terrible secreto, ya que dice:

Pero, ¿de quién me quejo, cuitada? ¿Yo no soy la que quise engañarme? ¿No soy yo la que tomó el cuchillo con sus mismas manos, con que corté y eché por tierra mi crédito, con el que de mi valor tenían mis ancianos padres? ¡Oh fementido Marco Antonio! ¿Cómo es posible que en las dulces palabras que me decías viniese mezclada la hiel de tus descortesías y desdenes? ¿Adónde estás, ingrato; adónde te fuiste, desconocido? Respóndeme, que te hablo;

espérame, que te siga; susténtame, que descaezco; págame, que me debes; socórreme, pues por tantas vías te tengo obligado. (II, 204-205)

El lector comprende que se trata de una joven burlada por su prometido, y con el lector lo comprende también el segundo viajero, quien le pide a la muchacha el relato de sus desgracias. Ella accede, con la condición de que el otro no se acerque a su cama. Confiesa que se llama Teodosia, que tiene padres nobles y “más que medianamente ricos” (II, 206), y un hermano que estudia en Salamanca. Se enamoró del hijo de un vecino, “más rico que mis padres y tan noble como ellos” (II, 206). Marco Antonio supo aprovecharse de los sentimientos de la doncella, que ahora se lamenta con estas palabras:

Llegóse a todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros y todo aquello que, a mi parecer, puede hacer un firme amador para dar a entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho. Y en mí, desdichada (que jamás en semejantes ocasiones y trances me había visto), cada palabra era un tiro de artillería que derribaba parte de la fortaleza de mi honra; cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad; cada suspiro, un furioso viento que el incendio aumentaba, de tal suerte que acabó de consumir la virtud que hasta entonces aún no había sido tocada; y, finalmente, con la promesa de ser mi esposo, a pesar de sus padres, que para otra le guardaban, di con todo mi recogimiento en tierra; y, sin saber cómo, me entregué en su poder a hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino que un paje de Marco Antonio, que éste es el nombre del inquietador de mi sosiego. (II, 207)

Marco Antonio desaparece dos días después de quitarle la honra a la infeliz muchacha. Ella sale a buscarle, vestida de varón, y va hacia Salamanca, porque parece que a Salamanca había ido Marco Antonio. A cada paso teme ser alcanzada por sus padres, y sobre todo por su hermano: “Y lo que más me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del cuartago que traigo; y, cuando esto no tema, temo a mi hermano, que está en Salamanca, del cual, si soy conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque, aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa a cuantas yo pudiese darle” (II, 208). Pero, al despuntar la mañana, se da cuenta de que le había confesado todas estas cosas precisamente a su hermano, a quien tanto temía.

Teodosia está muy turbada, está aterrorizada por la presencia de don Rafael y piensa que su último día de vida ha llegado. Se arrodilla y, tendiéndole la daga, pide a su hermano que le quite la vida, para recuperar la honra de la familia: “Toma, señor y querido hermano mío, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mía no es bien que ninguna misericordia me valga. Yo confieso mi pecado, y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento” (II, 210). Es muy interesante lo que la mujer le dice a continuación a su hermano: quiere que él le quite la vida, pero no la honra. Su yerro no tiene que perjudicar la honra de la familia. En peligro de muerte, piensa en la honra de la familia. La honra es más importante que la vida de una joven: “sólo te suplico que la pena sea de suerte que se estienda a quitarme la vida y no la honra; que, puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinión si el castigo que me dieres fuere secreto” (II, 210).

Don Rafael reflexiona. El comportamiento indigno de su hermana “le incitaba a la venganza” (II, 210), pero su obediencia y la sinceridad de su arrepentimiento le conmueven. El

hombre renuncia a la venganza, y propone a su hermana que se vista de hombre, y que vayan los dos juntos a buscar a Marco Antonio. Esta sería “una solución típicamente cervantina, muy opuesta a las reacciones de la comedia”. (Menéndez Peláez *et al.*, 2005: 692). Cervantes cambia el desenlace habitual de las historias de honra de su tiempo, demostrando una tolerancia que el pensamiento colectivo alcanzará dentro de unos siglos.

4.2. “La señora Cornelia”

En esta novela ejemplar, Cervantes no contradice la concepción de su época sobre la honra perdida, que requiere venganza. Pero la mujer culpable tampoco es matada por su hermano.

Dos jóvenes estudiantes de Salamanca, don Antonio de Izunza y don Juan de Gamboa, muy buenos amigos, deciden seguir sus estudios en Bolonia, deslumbrados por esta ciudad italiana, que conocen en un viaje. Ahí llevan la vida de cualquier estudiante. Una noche don Juan sale solo, sin esperar a su amigo, y oye que le llaman desde un portal. Una voz de mujer le pregunta si es Fabio, y él dice que sí. Harry Sieber lo explica de esta manera: “El misterio viene de una voz anónima y femenina, de la que espera seguramente don Juan una aventura amorosa. La oscuridad, la voz y el anonimato hacen que don Juan mienta” (*apud* Cervantes, 1992: II, 28). En la oscuridad le entregan un bulto, y cierran el portal. El bulto empieza a llorar, y don Juan comprende que le habían entregado un niño recién nacido. Lleva la criatura a la casa donde vive con don Antonio, y da dinero a la criada, para que busque acomodo al niño, ya que las parteras no faltan (otro detalle antropológico importante). Después, don Juan regresa a la calle, a ver si le llaman otra vez desde el mismo portal. Pero cerca del lugar encuentra unos hombres que luchan, y se da cuenta de que varios acometen a uno solo. Don Juan no duda en desenvainar la espada, para socorrer al caballero desamparado. El caballero que defiende don Juan es herido, y el héroe tiene que seguir luchando solo en contra de los seis enemigos, pero la suerte hace que los vecinos enciendan velas en las ventanas, y den voces, para que acuda la justicia. Esto salva a don Juan, puesto que sus rivales huyen. El herido se levanta, “porque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon”. Don Juan le dice su nombre al caballero, y, como se acerca la gente de este, le deja, llevándose un sombrero que no es suyo. Antes de llegar a su posada, encuentra a don Antonio, y su amigo le confiesa que esa noche le ha ocurrido algo inaudito: una mujer con la cara tapada le había pedido ayuda. La ha dejado en la posada, y ha venido a cumplir lo que la dama le ha pedido: “Por quien sois, que me dejéis aquí encerrada y no permitáis que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcáis a ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mío” (II, 247). Ella teme, porque uno de los combatientes es el hombre que ama, y el otro su hermano, quien quiere defender la honra de su familia. Harry Sieber observa con razón los “clichés literarios: una noche oscura, una criatura misteriosa, una pelea de armas, una mujer perdida y confusa y un hombre sin nombre” (*apud* Cervantes, 1992: II, 29).

Regresan los dos a la posada, y la joven encerrada reconoce el sombrero que trae don Juan: le pertenece al duque de Ferrara. Ella se tranquiliza al enterarse de que el duque está bien, y les quiere contar su historia. Entonces pasa el ama con el niño, y la señora oye el llanto, y pide amamantar al niño. Después les dice que es Cornelia Bentibolli, una noble de la ciudad, huérfana desde pequeña. Se ha entregado al duque de Ferrara, bajo promesa de matrimonio, y acaba de dar a luz un niño. Su hermano se ha enterado, y quiere vengarse del duque. Le

muestran los pañales que el niño llevaba al ser recibido por don Juan, y la señora Cornelia los reconoce, y comprende que el bebé es suyo.

Llaman a la puerta, y un paje anuncia la llegada de Lorenzo Bentibolli, el hermano de Cornelia. Al escuchar el nombre del visitante, a la pobre mujer la invade un miedo terrible: “¡Mi hermano, señores; mi hermano es éste! Sin duda debe de haber sabido que estoy aquí, y viene a quitarme la vida. ¡Socorro, señores, y amparo!” (II, 256).

Lorenzo Bentibolli no conoce el paradero de su hermana; él busca a don Juan, y le pide ayuda para vengar la deshonra de su hermana. Al día siguiente tienen que salir de Bolonia hacia Ferrara, donde vive el duque. Don Juan no le confiesa haber brindado amparo a la señora Cornelia y le oculta que la mujer se halla en su casa, prefiere prometerle ayuda. Cornelia se asusta al escuchar las noticias:

¡Válame Dios! [...]; grande es, señor, vuestra cortesía y grande vuestra confianza. ¿Cómo, y tan presto os habéis arrojado a emprender una hazaña llena de inconvenientes? ¿Y qué sabéis vos, señor, si os lleva mi hermano a Ferrara o a otra parte? Pero dondequiera que os llevaré, bien podéis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo, como desdichada, en los átomos del sol tropiezo, de cualquier sombra temo; y ¿no queréis que tema, si está puesta en la respuesta del duque mi vida o mi muerte, y qué sé yo si responderá tan atentadamente que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discreción? Y, cuando salga, ¿paréis que tiene flaco enemigo? (II, 259)

La pobre mujer deberá esperar llena de angustia el desenlace de los acontecimientos. No tiene más remedio que esperar con resignación y rezar: “Y ¿no os parece que los días que tardáredes he de quedar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces o amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco al duque o a mi hermano que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma?” (II, 259).

Los dos caballeros españoles van con Lorenzo Bentibolli, a desafiar al duque, y la señora Cornelia se queda con la criada. Esta, al enterarse de lo ocurrido, se imagina mil desgracias:

¡Ay señora de mi alma! ¿Y todas esas cosas han pasado por vos y estáis aquí descuidada y a pierna tendida? O no tenéis alma, o tenéisla tan desmazonada que no siente. ¿Cómo, y pensáis vos por ventura que vuestro hermano va a Ferrara? No lo penséis, sino pensad y creed que ha querido llevar a mis amos de aquí y ausentarlos desta casa para volver a ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer como quien bebe un jarro de agua. Mirá debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes, que hartos tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos que en meterse en dibujos; a lo menos, de mí sé decir que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que a esta casa amenaza. ¡El señor Lorenzo, italiano, y que se fíe de españoles, y les pida favor y ayuda; para mi ojo si tal crea! (II, 261-262)

Estas palabras llenas de sabiduría aterrorizan a la noble dama: “Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia oyendo las razones del ama, que las decía con tanto ahínco y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decía, y quizá estaban muertos don Juan y don Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas y la cosía a puñaladas” (II, 262). Cornelia sigue el consejo de la criada, y van juntas al pueblo de un cura, que les ofrecerá alojamiento.

En el camino, Lorenzo Bentibolli y su gente encuentran al duque con los suyos. Don Juan intercede por Lorenzo Bentibolli, y el duque asegura que se casará con Cornelia, pero no lo ha podido hacer todavía: “si públicamente no celebré mis desposorios, fue porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo último) pasase desta a mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mantua, y por otros inconvenientes quizá más eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan” (II, 265). Lo que le pesa es no saber nada de Cornelia, ni del niño: “Preguntéle por Cornelia, díjome que ya había salido, y que aquella noche había parido un niño, el más bello del mundo, y que se le había dado a un Fabio, mi criado. La doncella es aquella que allí viene; el Fabio está aquí, y el niño y Cornelia no parecen. Yo he estado estos dos días en Bolonia, esperando y escudriñando oír algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada” (II, 265-266). Don Juan le dice a Lorenzo Bentibolli que se acerque, y el duque le llama “hermano”, y le promete casarse con Cornelia, en cuanto aparezca.

Esta novela ejemplar también acaba en boda. Afortunadamente, el crimen no llega a cometerse, pero está claro que la mentalidad y las leyes de la época lo legitimaban.

BIBLIOGRAFÍA:

- CANAVAGGIO, Jean (Coord.) (1995). *Historia de la literatura española*. (Tomo III: *El siglo XVII*). Traducción por Juana BIGNOZZI. Barcelona: Ariel.
- CERVANTES, Miguel de (2005). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Cátedra.
- CERVANTES, Miguel de (1992). *Novelas ejemplares*. Madrid: Cátedra.
- MARÍN, Juan María (1992). Introducción. In Lope de VEGA, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña* (pp. 13-47). Madrid: Cátedra.
- MENÉNDEZ PELÁEZ et al. (2005). *Historia de la literatura española*. León: Everest.
- PAZ GAGO, José María (2006). *La máquina maravillosa. Tecnología y arte en el «Quijote»*. Madrid: SIAL Ediciones.
- RÍO, Angel del (1982). *Historia de la literatura española*. Barcelona: Bruguera.
- SIEBER, Harry (1992). Introducción. In Miguel de CERVANTES, *Novelas ejemplares* (pp. 13-33). Madrid: Cátedra.